

añadiéndole el ducado de Güeldres, quitado á España. El ejemplo dado por la Baviera declarándose contra el imperio, debía hallar imitadores. Apareció la dignidad de Francia, pudiendo salir de una guerra desgraciadísima con poquísimas pérdidas y conservando en su familia el trono de España. En estos dos reinos cesaba la rivalidad en que habían estado por espacio de dos siglos; pero á la union de las dos líneas no se daba otra garantía sino el juramento de ambos reyes, y muy pronto se conoció cuán débiles son en política los lazos de parentesco. El efecto principal de aquella paz, que fué el separar de España las provincias flamencas para adjudicarlas al Austria, habia parecido oportuno para conservar el equilibrio, refrenar el genio invasor de Luis, defender el Austria, el imperio y Holanda; pero en vano trataron los protestantes de obtener alguna consideracion respecto de sus correligionarios. Las potencias marítimas estipularon para beneficio propio, de modo que predominó el sistema mercantil; y mientras Witt quería que lo tuviese Holanda por mar, no por el continente, ella gastó 350.000.000 de florines para obtener el tratado de las barreras, como garantía de su futura existencia. Inglaterra habia dirigido la guerra y la paz; por medio del sistema de los empréstitos entonces introducido, pudo proporcionar subsidios y soportar gastos enormes. Entonces encontraba ventajas en estar unida al emperador como dueño de los Países Bajos, y podia ganar la Saboya y los príncipes del imperio. Habiéndose unido á Portugal por el comercio, contando con la unidad de la república holandesa, aumentados los medios de continuar las combinaciones políticas, quedaba árbitra de los negocios del continente.

Los pueblos habían sufrido mas de lo que puede expresarse, y nada se estipuló en su favor.

## CAPÍTULO XXVI

### Muerte de Luis XIV.

Luis tuvo la culpa de esta larga guerra, el cual no conociendo límites á su ambicion, habia amenazado la independencia de toda Europa; y rehusando ceder algo al principio, estuvo á pique de perderlo todo. Efectuóse despues de la lucha la particion que los moderados habian propuesto ántes de ella; pero ¡cuánta sangre! ¡cuántas lágrimas no habia costado!

De esperar era que los periodistas ingleses no perdonasen á Luis XIV. En el *Espectador* es acriminado repetidas veces; calculase en uno de sus números la disminucion que con las conquistas habia causado en la poblacion del reino en vez de aumentarla, sacando por consecuencia que aun cuando este rey hubiese sido un disoluto como Vitelio, habria causado menos mal á su pueblo: en otro lugar se vituperan la corrupcion que se introdujo durante su reinado, la

ostentacion de las riquezas, la vergüenza de la pobreza, el cambio del amor en galanteria y de la amistad en comercio, los perjuros del monarca, y su vanagloria que le llevó hasta permitir que se erigiesen estatuas á su valor, á su fortaleza, y que entre el lujo y molicie de la corte se aplaudiesen su magnanimidad y sus proezas militares.

La nacion francesa no se atrevia á insultar á aquella eminencia decaída, por temor á un porvenir aun peor; diezabábase la poblacion; habia decaído la industria desde la revocacion del edicto de Nantes y la reaccion de aquellos á quienes habia querido perjudicar con el colbertismo; veíanse aniquiladas las campiñas por los enormes impuestos; provincias enteras convertidas en desiertos á consecuencia de órdenes terminantes y persecuciones religiosas: causaba vergüenza ver al gobierno oprimido bajo el peso de una deuda de 2,600.000.000, que equivaldrian hoy al doble de esta suma, recurrir á expedientes desastrosos, crear empleos ridículos para venderlos, pagar al diez, al veinte y al cincuenta por ciento el dinero que Holanda é Inglaterra obtenian al cuatro, y sin embargo, no poder atender suficientemente á sus necesidades; dejar que el ejército fuese derrotado y humillado; que muriesen las gentes de hambre y de frío, mientras que los arrendatarios de las rentas públicas eran tan inexorables en sus persecuciones que se sublevaban las provincias, y Cahors fué tomada por asalto. Boisguilbert, lugarteniente general de la presidencia de Ruan, decia: « La exaccion de los impuestos se hace con » extremado rigor, empleándose la cuarta parte » á lo ménos en gastos para hacerla efectiva. » Es bastante comun llevar las ejecuciones » hasta el extremo de arrancar las puertas de » las casas despues de haberlas dejado vacías, » habiéndose demolido algunas para sacar las » vigas y las tablas, y venderlas por la quinta » ó sexta parte de su valor. Á excepcion del » hierro y el fuego que, á Dios gracias, no se ha » empleado todavía para obligar al pueblo, no » hay medio de que no se eche mano, y todos » los países del reino están en la mas completa » ruina (1). »

Vauban, educado entre el pueblo, y que hubiera sido grande en administracion no ménos que en la guerra, fijó su atencion en las miserias del país; se informaba continuamente del estado de las provincias, del modo de mejorarlas, de los productos mas ventajosos, de los medios de suprimir los gastos odiosos, de enfrenar á los ávidos arrendatarios y hacer que el erario ganase mas con ménos dispendio de los pueblos. Ofendía con esto á los muchos que

(1) *Détail de la France, 1697.* — En 1690 se publicó en Amsterdam un opúsculo de 228 páginas en 4º, muy raro hoy día, titulado: *Les soupirs de la France esclavée qui aspire après la liberté.* Son quince memorias de un celoso Católico que pone de manifiesto las desdichas de la tiranía de Luis XIV, y la opresion de la Iglesia, de la magistratura, de la nobleza y del pueblo; combate las pretensiones del poder absoluto, é invoca los derechos del pueblo y de los Estados Generales.

engordaban con la sangre del pueblo, quienes representaron á Vauban á los ojos del rey como culpado de ofenderlo en las personas de sus ministros, y el crédulo Luis, que se habia valido de él para ceñir laureles execrados, le retiró su gracia, y le dejó morir oscuro y envilecido (1707). Si la verdad es injuria, con razon debia tenerse Luis por ofendido de un libro que Vauban publicó, en el cual demuestra, que de la poblacion francesa, una décima parte estaba reducida á mendigar; que de las nueve partes restantes, cinco no querian dar limosnas, tres se hallaban embrolladas en pleitos y deudas, quedando solamente los nobles, guerreros, togados, sacerdotes, empleados, mercaderes al por mayor, que componian cien mil familias en todo, entre las cuales ni veinte mil podian llamarse acomodadas.

No es este el lugar oportuno para examinar los remedios que sugeria Vauban, fundados en la equitativa y universal reparticion de los impuestos, y en una aritmética política admirable para ser de aquellos tiempos, tanto mas cuanto que en la edad de los privilegios y del orgullo aristocrático, dirigia todos sus cuidados á aquella plebe de la cual nadie se cuidaba, y que á sus ojos era el nervio del Estado. Se atrevió á revelar á Luis, acostumbrado tan solo á recibir incienso y aplausos por la felicidad que á su pueblo proporcionaba, la gangrena que roía los miembros inferiores, previendo que al fin llegaría al corazon y á la cabeza (1).

Fenelon, que habia aconsejado que no se siguiese la guerra como injusta, é insinuado á Felipe que renunciase á un trono desastroso, y que despues de haber estallado aquella, salvó de la muerte al ejército abriéndole sus propios graneros, veía como único remedio de tanta desgracia la convocacion de la asamblea de los notables, y queria que el duque de Chevreuse lo insinuase así al rey. « Nuestro mal (le escribia) » proviene de que esta guerra no es negocio » mas que del rey, arruinado y desacreditado: » sería necesario hacerla asunto de toda la na- » cion; pero demasiado ha llegado á serlo, por- » que rota la paz, el cuerpo de la nacion se ve » en peligro de ser subyugado... El rey ha tenido » la desgracia de arrancar el dinero de las ma- » nos de las buenas familias del reino y de todo » el pueblo, para hacerlo pasar sin medida á las » de contratistas y usureros... Mientras el despo- » tismo náda en la abundancia, obra con mayor » prontitud y eficacia que cualquier gobierno » moderado; pero cuando se halla exhausto y » sin crédito, cae de golpe sin ofrecer compen- » sacion. Obraba por pura autoridad; roto este » resorte, no puede ménos de dejar perecer de

4 de  
agosto.  
1710.

(1) « Vauban... peut-être le plus honnête homme et le plus vertueux de son siècle... e plus simple, le plus vrai et le plus modeste... le plus avare ménager de la vie des hommes, avec une valeur qui prenait tout sur lui, et donnait tout aux autres. Il est inconcevable qu'avec tant de droiture et de franchise, incapable de se porter à rien de faux ni de mauvais, il ait pu gagner au point qu'il fit l'amitié et la confiance de Louvois et du roi. » SAINT-SIMON.

» hambre á una plebe medio muerta ya, cuya » desesperacion es necesario que tema. Cuando » el despotismo se halla exhausto de recursos, » ¿ cómo queréis que las almas venales que él » ha engordado con la sangre del pueblo apron- » ten sus riquezas para sostenerle? El atrevi- » miento de los enemigos proviene de haberse » envilecido el gobierno en Francia... ¿ Me diréis » que el rey es incapaz de recurrir á seme- » jantes medios, que nadie se atrevería á sugerir- » selos; que tampoco querría consultar, pregun- » tar, cuestionar y comparar los diversos pensa- » mientos, ni decidir entre diferentes pareceres? » Triste es que cuando el emético está indicado » como el único medio, el enfermo no tenga » fuerza para tomarlo ni para resistirlo... Si el » rey no es capaz de adoptar el último medio » para sostener la guerra, ¿ qué hay que esperar » de él? Si la inminente ruina de su corona no » le hace abrir los ojos, y tomar pronto resolu- » ciones proporcionadas al peligro, ¿ no hay » motivo para desesperar de todo? ¿ Cómo puede » decirse que el rey ve la mano de Dios, si una » desmesurada altivez le hace rechazar el único » amparo que le queda en el borde del abis- » mo?... Me diréis que Dios sostendrá á la Fran- » cia; pero ¿ dónde está su promesa? ¿ tenéis vos » alguna garantía de milagros? Y estos son » necesarios para sostenernos en el aire; y ¿ los » merecéis vos cuando vuestra inminente ruina » no os corrige; cuando sois todavía duro, » soberbio, fastuoso, incommunicable, insensible » y dispuesto siempre á adularos? ¿ Se aplacará » Dios al veros humillado sin humildad, con- » fundido por vuestras culpas sin querer confe- » sarlas, y dispuesto á empezar de nuevo si » pudiérais respirar dos años? ¿ Se contentará » Dios con una devocion que consiste en dorar » una capilla, rezar un rosario, oír una misa, » escandalizarse con facilidad, y desterrar á » algun jansenista? No se trata únicamente de » poner fin á la guerra exterior, sino de devol- » ver el pan á los pueblos moribundos, fomen- » tar la agricultura y el comercio, reformar el » lujo que gangrena las costumbres de la na- » cion, acordarse de la verdadera forma del » reino, y templar el despotismo, causa de todos » nuestros males. Se aplaude la devocion del » rey, porque no se irrita contra la Providencia » que lo humilla: se deja que crea que no ha » cometido ningun grave error, y que se le mire » como á un santo probado por Dios, como á » un David, que en su juventud se dejó extra- » viar por los sentidos; y ¿ no habrá tal vez » quien le diga que debe reconocer que, por » haber subvertido todo género de orden, él » mismo se ha precipitado en un abismo, del » cual parece que nadie puede sacarlo (1)?... » ¿ Pero lleva consigo el poder absoluto algun » medio de enmendarse? ¿ podia esperarse que » un déspota semejante se pusiese frente á frente » de sus súbditos para discutir sobre cosas acerca

(1) Véase la nota H.

de las cuales nunca había hecho más que resolverse sin apelación? Sin embargo, no podía haber verdadero despotismo donde todavía subsistían los privilegios del clero, de los nobles, de los municipios y del parlamento; y si Luis los deslumbró, su oposición dió origen al desarrollo del espíritu nacional, tanto como su esplendor, y el respeto que en todas partes inspiró. Si en España la monarquía pura asesinó á la nación, en Francia se asoció á todos los progresos. Como representante de esta, Luis amenazó romper el equilibrio político, con mayor motivo cuanto que con la civilización francesa simpatizaba la Europa; mas tuvo contra sí al príncipe de Orange, que al parecer representaba la independencia; de modo que obligada toda Europa á elegir entre los dos, llegó á ser una lucha de principios la que parecía serlo solo de reñcores y frívolas rivalidades.

Afortunadamente la obstinación de sus enemigos en querérselo quitar todo, les redujo á tener que restituírle lo que había ya perdido, brillando en la paz algunos rayos de su antigua gloria sobre los pálidos días de Luis. Natural era que Francia continuase aun siendo fuerte, pero ¿era grande el plan de Luis? ¿lo llevó á cabo? Pensaba restablecer á los Estuardos, y los vió sucumbir irremediablemente ante la nueva dinastía que elevaba á Inglaterra á ser árbitra de Europa. Tan debilitado estaba el imperio, tan ocupada su cabeza de todo, ménos de la idea de conservar su dignidad, que no es extraño que Luis consiguiese dilatar por aquel lado sus fronteras; mas los medios fueron execrables, y la debilidad no podía disculparlos. Quería deprimir la casa de Austria hasta por medio de los Turcos; pero en vez de conseguirlo, avivó su espíritu militar, y la despertó hasta tal punto, que se puso á cubierto para siempre de las amenazas de aquellos, y se consolidó en el interior, derrotando á los rebeldes protegidos por Luis. Es verdad que colocó á uno de sus nietos en el trono de España; pero fué debido á los errores de sus adversarios, á la caída de Marlborough, á la muerte de José I, y con tantas restricciones que aquel país llegó á ser extraño á la Francia, y aun más, casi su enemigo. Quiso oprimir á Holanda, y su fortuna se hundió en los pantanos donde yacía la de Felipe II. Creía abatir á Guillermo de Orange, y le proporcionó ocasión de aparecer grande entre tantos obstáculos, entre las rivalidades de la libertad, y al frente de un enemigo poderoso y absoluto. Puesto en parangón con su émulo personal y enemigo de su política, Luis se nos presenta cercado de artes y letras y de una multitud de hombres ilustres, mientras que Guillermo está solo, con su constancia. Por ambición destruye Luis la libertad de los pueblos; Guillermo defiende la del suyo, acoge á los perseguidos por la intolerancia religiosa de su enemigo, y hace prosperar las artes y la literatura que abandonan la Francia. Luis puede lo que quiere; Guillermo está sujeto por una cons-

titución recelosa, y aunque trata de alargar aquellas cadenas, no quiere romperlas, mereciendo por ello que los Ingleses lo llamen para resucitar su libertad de la feroz tiranía de los republicanos, y de la degradante de los Estuardos. Luis sella sus primeros años con deslumbrantes triunfos; Guillermo pierde todas las batallas; pero se rehace con su constancia y por fin arranca la victoria; y mientras que Luis termina en la miseria y abatimiento, Guillermo concluye sus días sobre un trono hermoso con los privilegios reconocidos del pueblo que lo ha llamado.

Mezclando Luis la violencia con los negocios de la Iglesia y de la fe, amenazó por un lado con un cisma, y excitó por otro á una reacción, que al poco tiempo debía estallar en una guerra contra el trono y el altar. Richelieu y la regencia habían ya vencido las dificultades que se presentaban para elevar á la Francia al primer puesto entre las naciones; pero él dando demasiada extensión al proyecto de Enrique IV y de su padre, lo imposibilitó, y el odio, la sospecha y la venganza llegaron á ser en Europa los sentimientos predominantes contra Luis, tanto más vivos cuanto más comprimidos estaban; de manera que, aunque tarde, las faltas que cometió dieron su fruto en el momento mismo en que ponía término á sus provocaciones, y cuando sus grandes generales habían formado á los generales enemigos.

Con sus propios méritos y con los personajes de que se hallaba rodeado, con un parlamento que hacía la voluntad del rey, con un pueblo que consideraba como su propia gloria la gloria del soberano, hubiera podido hacer la felicidad de la nación; pero no pensó más que en enervar todas las fuerzas de la constitución, atemorizando y deslumbrando: envió á perecer en lejanos países á los veteranos formados en la guerra civil; se hizo árbitro de las promociones militares, fundó sus proyectos, no en la posibilidad del pueblo, sino sobre su paciencia; le aislaba de él un ceremonial tan fastuoso como costoso, y hasta los ministros, imitándolo, se alejaban del pueblo y se convertían en tiranos misteriosos, celosos del bien que podía hacerse sin ellos: como si no bastase que el parlamento fuese esclavo, lo hizo enmudecer, avasalló al clero, y preparó á su sucesor la nulidad nacional.

Si Luis hubiese conocido las necesidades del porvenir, hubiera colocado el trono sobre bases más sólidas que la inviolabilidad del despotismo. La Fronza le había mostrado la fuerza de los ciudadanos, de modo que debiera haber organizado este tercer estado; y al lado de una cámara de nobles, desviados de las turbulencias, consagrados á aconsejar al Estado, podía haberse atrevido á colocar otra de ciudadanos, que hubiera sido un admirable auxilio para el monarca, mucho más cuando de ello ofrecía ya ejemplo la Inglaterra. De este modo hubiera evitado la revolución, la cual precipitó, opri-

miendo á los nobles, y excluyendo á los ciudadanos de las distinciones; porque si aquellos por algún tiempo quedaron debilitados á causa de las innumerables pérdidas que á título de gloria sufrió en el San Gotardo, Candía y Argel; si el pueblo pareció contentarse con la seguridad y protección que recibía, este mutuo encadenamiento no podía ser más que temporal, y resolverse en una expectativa ansiosa de momentos oportunos para efectuar por la fuerza lo que por derecho no podía obtenerse. Por su manía de conquistas y á causa de los ineptos ó medianos consejeros de su vejez, fué maldecido de los extranjeros, y tenía que serlo después por la Francia apenas cesase la ilusión de su gloria.

Y cesó; y al desaparecer los grandes que le rodeaban, se entibió el entusiasmo por el gran rey. No podía recaer el odio sobre sus ministros, pues que él había querido concentrarlo todo en sí, y no dejar este desahogo al despecho del pueblo. Destruídas las libertades, se sabía que todo procedía del rey. Reducido el Estado á un solo hombre, debía correr la suerte de este ente débil: los cortesanos que le veían de cerca hacían mofa de él, y los que todavía respetaban al rey á pesar de sus errores eran los que, como Fenelon, ménos lo habían adulado. El pueblo compadecía sus desgracias domésticas con dolor noble y desinteresado, como todo lo que viene de él.

Los primeros y últimos años de Luis recuerdan aquellas máscaras antiguas, que presentan por un lado la risa, y por el otro el llanto. El fastidio ocupa el vacío que dejan los vastos pensamientos: á los grandes dolores suceden los grandes tedios, más difíciles todavía de soportar. Las pequeñas persecuciones, las órdenes de prisión en la Bastilla por causa de jansenismo, la pequeña oposición del cardenal de Noailles, entristecen en el interior un reino humillado en el exterior; para Luis el domar á Quesnel ó á las monjas de Port-Royal era de tanta importancia como rechazar á Eugenio de los confines del reino. Privábase por opiniones de los útiles servicios de hombres disidentes (1); pero con la conciencia turbada entre el deseo de reprimir la herejía y el temor de maltratar la virtud. Los grandes ingenios, favorecidos en otro tiempo, eran ya tenidos por malos, fuese para dispensarse de ser generoso con ellos, ó bien porque se atrevían á sustituir la verdad á los incienso perennes. Se

(1) Diciéndole el duque de Orleans que llevaba á la empresa de España á Foutertuis por secretario, exclamó: « ¡Cómo! ¡si es jansenista! — Puedo asegurar á Vuestra Majestad que no por esto cree ménos en Dios, » respondió el duque: el rey quedó satisfecho. El bravo Du Quesne no fué nunca recompensado porque era protestante, teniendo que responder á Luis XIV: « Señor, cuando yo combatía por Vuestra Majestad, nunca he pensado en que vos érais de otra religión que la mía. » Su hijo, que tuvo que emigrar á causa de la revocación del edicto de Nantes, llevó á Suiza el cadáver de su padre y sobre su tumba, en Eaubonne, hizo poner esta inscripción: « Holanda erigió un mausoleo á Ruyter; Francia ha rehusado su suelo al vencedor de Ruyter. »

cubría de reliquias como Luis XI, y la devoción de la corte se hacía demasiado general para no ser sospechosa de hipocresía. Diríase que al propio tiempo se pensó en distraer al pueblo de los males públicos, corrompiéndole y fomentando sus pasiones. Aparecían en el teatro composiciones de Darcourt y Le Grand más libertinas que las de Scarron y Montfleury; y la ópera cómica hacía ostentación de equívocos obscenos. Se conservaba el fausto de costumbre (1) cuando faltaban el placer y la gloria, y cuando más pesado lo hacía el estado precario del Tesoro. Sobreviviendo á todos los hombres que habían formado su auréola, á su hijo y á sus nietos, ve Luis en torno suyo á un pueblo que obedece por costumbre; pero sin el antiguo entusiasmo, y no obra ya más que por consejo de su confesor ó de su mujer. La Maintenon, que participaba de su poder y de su fastidio, se ve obligada á sufrir el tedio de aquella condición y al suplicio de recrear á un viejo decrepito; mientras que la necesidad de expresarse reservadamente con él la impedía mostrarse firme en su voluntad, obligándola á recurrir á la intriga (2).

Los Franceses, condescendientes con las galanterías de sus reyes, nunca perdonaron á la Maintenon, á quien Luis no se atrevía á presentar como amante ni como esposa, y en quien el pueblo nada hallaba de tierno ó de jóven que pudiese interesar. Se dejaron deslumbrar por un rey jóven hasta el punto de no ver sus culpas; y en el viejo no reconocieron las virtudes que en él desarrolló la desgracia. De aquí es que Luis tuvo que probar los excesos de la grandeza y de depresión, el ruido de las alabanzas y la reacción del menosprecio, hijos más del despecho que de la verdad; y no obstante, sin perder nada de la íntima confianza en sí mismo, ni de su autoridad sobre el pueblo, ni de su arbitrariedad y altanería, enviaba á su nieto al trono de España con recomendaciones tiránicas, prodigaba el oro para engrandecer á Marly, y en medio de aquella furia fatal por construir monumentos (3), urdía tra-

(1) En 1712 el bastardo más jóven del rey tenía en su caballeriza doscientos cincuenta caballos. *Mem. de Dangeac*, 5 octubre de 1712.

(2) Montesquieu, en sus *Pensées détachées*, se expresa así: « Luis XIV. ni pacífico, ni guerrero, tenía las formas de la justicia, de la política, de la devoción y el continente de un gran rey. Dulce con sus domésticos, liberal con sus cortesanos, ávido con los pueblos, inquieto con los enemigos, despótico en familia, rey en la corte, duro en los consejos, niño en asuntos de conciencia, juguete de todo lo que constituye la diversion del príncipe, ministros, mujeres, devotos; siempre gobernando y siempre gobernado; desgraciado en sus elecciones, amante de los necios, tolerando los talentos, temiendo al ingenio, serio en sus amores; débil hasta excitar compasión en sus íntimas relaciones; sin fuerza de espíritu en la prosperidad, firme en la desgracia, valeroso ante la muerte, amó la gloria y la religión, y toda la vida le impidieron conocer una y otra. Casi no hubiera tenido ninguno de sus defectos, si hubiera sido educado un poco mejor, y hubiese tenido algo más de ingenio. Tenía el alma más grande que el talento: la Maintenon se la bajaba continuamente para ponerla en su verdadero punto. »

(3) En la declaración de 1660 condena á galeras al operario de París que se ocupe en construcciones que no sean las del Louvre. Versalles está asediado por millares de pobres, de modo que emplea á los soldados para alejarlos. Pidiéndole la

mas en Inglaterra, y meditaba la reunion de un concilio nacional para proscribir la mitad del clero. En tantos escritos en donde se muestra solícito de la opinion, jamas se lee una palabra que respire el deseo de ser amado. Al morir dejaba pobre al público, tesoros infructuosos en piedras preciosas, muebles y palacios, una servidumbre numerosísima á quien recompensar, una viuda sin reconocer, muchos hijos naturales, cuyo porvenir afligia su corazón. Á tal servilismo habia reducido al parlamento que, contra las leyes del país, hizo declarar que en faltando sus hijos legítimos debian sucederle los naturales legitimados (1); y la nacion que lo habia aplaudido cuando comparecia ante el ejército entre su mujer y dos mancebos, encontró insultante en el rey devoto la pretension de dar la corona de San Luis á los frutos de un doble adulterio. No obstante, dejó para estos cuantiosas mandas en su testamento; pero debia haber notado que las facciones de la corte solo esperaban su muerte para estallar y destruir su obra.

En aquel lance extremo decia á su heredero: «Hijo mio, no olvides tus obligaciones para con Dios; procura estar en paz con los vecinos. Yo he amado demasiado la guerra; no me imites en esto, como tampoco en los gastos excesivos. En todas las cosas toma consejo, trata de conocer el mejor, y síguelo. Alivia al pueblo cuanto puedas, y haz lo que yo tuve la desgracia de no hacer.» Relámpago instantáneo, pues que por lo demas todos estaban atónitos al ver la tranquilidad de su conciencia, hasta tal punto que los timoratos dudaban de su salvacion; pero era porque habiendo confiado toda su vida en otros sin sospechar que se atreviesen á engañarle, remitia, en aquel momento, el asunto mas importante á los directores de su conciencia, diciendo: *Si me habéis engañado, habéis hecho muy mal.*

1715.  
1º de setiembre.

Todavía respiraba cuando le abandonaron los que le habian incensado únicamente por las esperanzas, y que entonces se dirigieron al duque de Orleans designado como regente. Madama de Maintenon se refugió en Saint-Cyr (2), como si la religion le prescribiese otro asilo que el lecho del marido, á quien manos mercenarias prestaron los últimos cuidados.

Siendo Luis niño, habíale dicho su madre: «Procura parecerle á tu abuelo, y no á tu padre; porque á la muerte de Enrique IV se lloró; y á la de Luis XIII se rió.» Pero á su muerte Masillon, en su discurso de recepcion en la Academia, lo colmó de vituperios: en Roma le negaron las exequias reales; en Paris se

Maintenon dinero para algunos pobres, le respondió: *Un rey hace limosna gastando mucho*; palabra preciosa y terrible, exclama Juan Bautista Say, que demuestra cómo la ruina puede reducirse á principios.

(1) Enrique IV habia ya hecho legitimar á un hijo que tuvo de Gabriela de Estrees, á fin de que pudiese tener derecho á la sucesion del trono, como expresaron las cartas.

(2) Solo salió de él muerta en 1719.

construyeron tiendas á propósito para beber, cantar y solazarse como en las públicas prosperidades: el vulgo insultaba sus funerales, arrastrando su nombre y el de su mujer, no acordándose mas que de diez años de miseria y de hipocresía, prometiéndose de su sucesor gloria y esplendor; — ¡constante ilusion de los pueblos infelices!

## CAPÍTULO XXVII

Escandinavia.

La Suecia debia descender necesariamente Suecia. del alto punto á que la habia elevado Gustavo Adolfo, cuando este murió en los campos de Lutzen; sin embargo, en toda esta época conservó su predominio en el Norte, y si se hubiera realizado el pensamiento de Carlos Gustavo, habria podido ocupar un puesto por mucho tiempo entre las potencias de primer orden (1).

Al partir Gustavo Adolfo para la expedicion de Alemania, de donde ya no habia de volver, dejó el gobierno encargado á ministros hábiles, los cuales apenas supieron su muerte, hicieron elegir á su hija Cristina con una regencia compuesta de cinco miembros. Eran estos Jacobo, conde de la Gardie, natural de Livonia, Carlos Gyllenhielm, gran almirante, y el gran canceller Axel Oxenstiern, con un hermano y un primo de este, provistos de instrucciones bastante detalladas para impedir los abusos del poder. Excluida y disgustada la viuda, huyó á Prusia; y Cristina, segun las intenciones de su padre, recibió la educacion de un hombre, y mientras estudiaba los autores clásicos, Oxenstiern iba todos los dias á instruirla en la política y el gobierno. Los regentes hubieran querido conservar las conquistas de Gustavo Adolfo en Livonia, y especialmente en Prusia, que resguardaban al país por la parte de Polonia, y quitaban á esta el mar; pero no pudiendo conseguirlo con las armas por la guerra de Alemania, aceptaron un congreso en Strumsdorf, interviniendo cual mediadoras Francia, Inglaterra, Holanda y el elector de Brandeburgo. Estas potencias tenian un interes en humillar á Suecia; por lo que despues de largas y complicadas intrigas, resultó una tregua de veintiseis años, en cuya virtud la Suecia restituía á la Polonia la parte conquistada á Prusia, reservándose Elbing, el pequeño Werder y Pillau, quedando privada de este modo de posesiones tan importantes para engrandecerse por mar. Ya hemos hablado de las guerras con Dinamarca, que terminaron con la paz de Brömsebro, y de

(1) CHOPIN, *Revolutions des peuples du Nord*. Paris, 1834, 4 vol.

Para la diplomacia véase á SCHMAUSS, *Einleitung zu der Staatswissenschaft, zweiter Theil*. Leipsik, 1747.

*Mém. du chevalier de Terlon*, encargado de los negocios de Francia en la corte de Carlos Gustavo, desde 1656 á 1661. Paris, 1686.

la guerra de los Treinta Años, que concluyó en Westfalia; por lo cual la Suecia llegó á ser Estado del imperio, adquiriendo la Pomerania Anterior con la isla de Rugen, parte de la Posterior, y otros territorios.

1644. Cuando Cristina subió al trono, se formaron en la corte dos partidos, uno á favor de Oxenstiern y otro contra él, dirigido por el conde de la Gardie, cuya belleza y cortesanos modales debian darle influencia con una reina de ventidos años. Muchos aspiraban á la mano de la soberana, pero ella queria la libertad ó satisfacer sus volubles deseos, y despues de hablar mucho sobre ello, declaró ante el Senado que le repugnaba el matrimonio, y que para bien del Estado se le designase por sucesor á su primo Carlos Gustavo, conde palatino de Dos Puentes, que se habia criado con ella. Los Estados confirmaron esta proposicion, y aquel, separado de los negocios y libre de ambiciones, esperaba en cacerías su tardío reinado.

Brillantísimo fué el de Cristina, pero sin ningun mérito por su parte. La Suecia, refrenando al Austria, consiguió las bendiciones de toda Alemania; aumentó sus posesiones, su gloria exterior y su prosperidad interior; extendió su navegacion, favoreció las artes y la explotacion de las minas, de modo que las de cobre que rendian cuatrocientos millones, ascendieron á mas de seis mil, con cuyos metales se fabricaba toda clase de muebles. Los Suecos y Holandeses unidos se establecieron en las costas septentrionales de América entre los rios Delaware y Hudson, de donde aquel país tomó el nombre de Nueva Suecia, y donde los primeros cultivaron las tierras y los otros se encargaron de vender sus producciones; pero un año despues de la abdicacion de Cristina, tuvieron que abandonarlo á los Holandeses, y de estos pasó á los Ingleses, que le denominaron Nueva Jersey. Se constituyó una sociedad para el comercio de Guinea, donde el hierro y el cobre se cambiaban por oro.

1664. Cristina, cuya instruccion se extendia á varios ramos del saber humano, y que escribia en muchos idiomas, se distraía con los sabios que llamaba de todos los países. Descartes, desconocido en Francia y perseguido en Holanda, le dirigió muchas de sus disertaciones; fué á Estokolmo, y allí, libre del ceremonial de la corte, tenia que conversar con la reina todos los dias á las cinco de la mañana; ocupacion que tal vez aceleró su muerte, sin persuadir á la reina de su filosofia. Asignó Cristina una pensión á Gassendi, y le hizo varios regalos; no consiguió detener á Hugo Grocio, llamado por Oxenstiern para oír sus consejos, y que al regresar á su patria, murió en el camino. Su bibliotecario era Juan Freinsheim, que se atrevió á poner suplementos á Quinto Curcio y á Tito Livio, y juntamente con él y con el erudito Gabriel Naudé, se veían en la corte Marcos Meibom, editor de los músicos antiguos, Claudio de Saumaise, el abate Pedro Daniel Huet, Isaac

Vossio, Nicolas Heinsio, Samuel Bochart y otros grandes eruditos, los cuales contribuyeron á la civilizacion del país, turbándolo de tiempo en tiempo con sus emulaciones.

Poco contribuyó Cristina á que floreciesen las letras suecas, lo que por otra parte no era fácil en medio de una continua guerra. Así es que solo se cultivaron las matemáticas para el servicio de esta; y las primeras determinaciones exactas de los países fueron debidas á los filósofos cartesianos Andres Spole (1699) y Juan Bilberg (1717). Despues Andres Celsio (1744) erigió el primer observatorio en Upsal, y publicó el primer periódico literario en 1742. En 1667 comenzaron en aquel país las gacetas políticas, y se establecieron archivos de antigüedades. Jorge Lilio Sternbjelm, padre de la poesia sueca (1672) imitó los metros de los antiguos, y resucitó muchas palabras escandinavas, pero carece de inspiracion. El nombre mas ilustre es el de Samuel Puffendorf.

Cristina no era hermosa; parecia hombre en todas sus acciones; descuidada en el vestir, sencilla en la comida, insensible al frio, al calor, al sueño, infatigable cuando montaba á caballo, residia en su castillo de Jacobsdal (Ulricsdal), donde entregada á las cacerías, á las justas y academias, olvidaba los odiosos cuidados del trono. Sin embargo, todo lo queria ver; contestaba, oía, asistia al consejo y era ambiciosa y avara de todo género de gloria. No queria mujeres para su trato, apreciaba volublemente las galanterías de los hombres, y la crónica cita muchos favoritos con los cuales prodigaba sus generosidades, aun cuando el Erario tuviese necesidad de caudales. Se llegó á sospechar que estaba loca, y mas cuando abdicó en favor de Carlos Gustavo, reservándose plena soberanía respecto de su persona y la de sus comensales y servidores, el castillo de Niköping, las islas de Öland, Gottland, Osel, Wollin, Usedom, la ciudad de Wolgast y algunos territorios de Pomerania.

1634.  
16 de junio.

Esta resolucion dió mucho que hablar. ¿Qué motivo la indujo? ¿hacerse Católica para casarse con Fernando IV, rey de Romanos? Son suposiciones. Aborrecia los negocios, aunque los despachaba con facilidad; sus rentas estaban desordenadas, pero tal vez las habia descuidado porque pensaba desembarazarse de ellas; tal vez deseaba vivir independiente; tal vez temia que la segunda parte de su reinado ofuscara á la primera, y queria hacerla mas ilustre con este acto. «Los políticos (dice Federico II) en quienes todo es interes y ambicion, la desaprobaban; los cortesanos, que en todas partes buscan lo delicadeza, decian que su aversion á casarse con Carlos Gustavo la habia decidido á abdicar; los sabios la elogiaron mucho por haber renunciado á las grandezas por amor á la filosofía: pero si hubiera sido verdaderamente filósofa, no se habria manchado con la sangre de Monaldeschi, ni hubiera vuelto á desear las grandezas que habia dejado, como lo hizo en